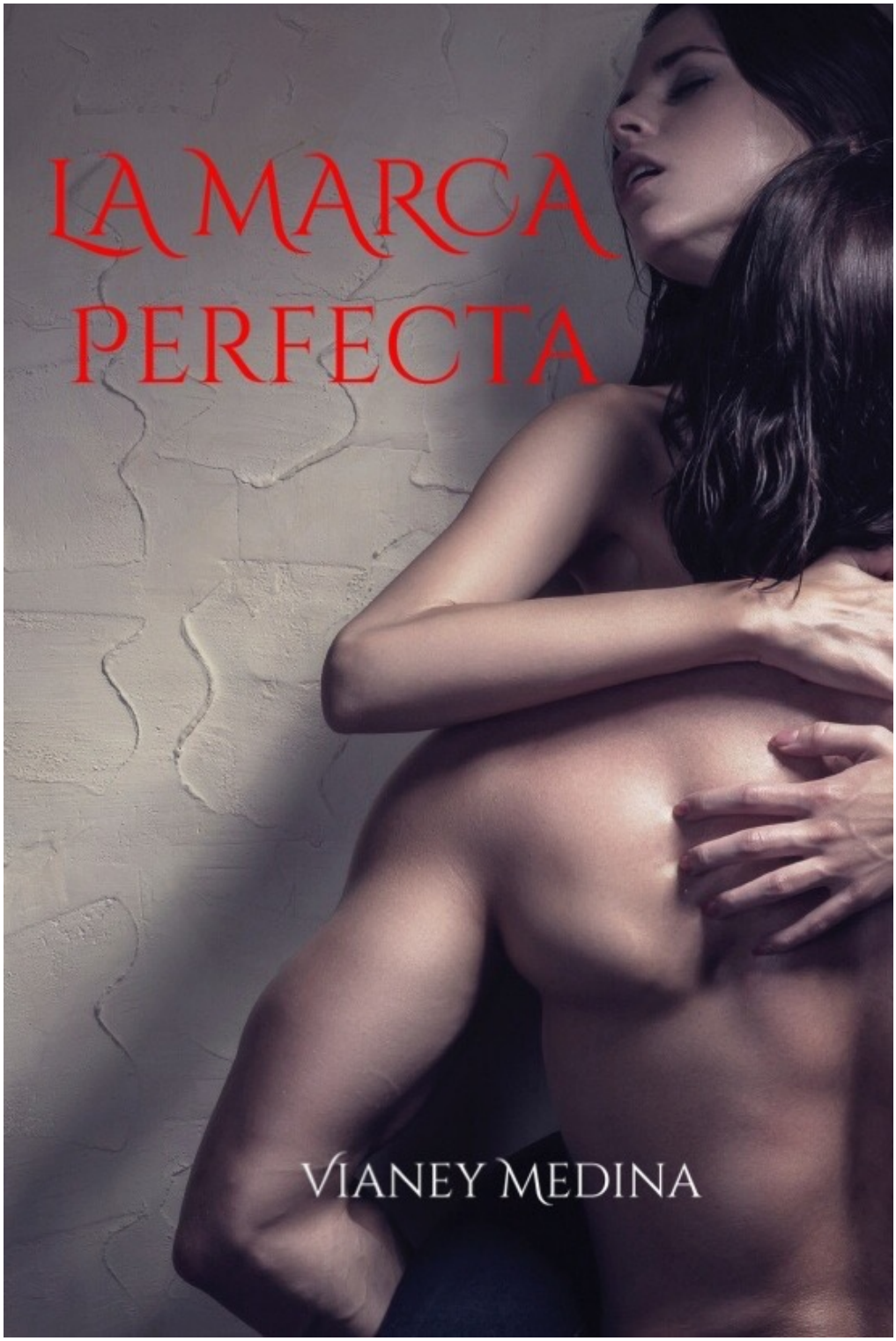
LA MARCA PERFECTA

Vianey Medina



Capítulo 1

Hoy me levanto más temprano de lo normal. Antes de ir a la oficina debo mirar el departamento que voy a comprar para que el estúpido de mi hermano se instale. Por fin pude convencerlo de acortar los cuarenta y nueve minutos que nos separan. Me agrada saber que no estaré sola en la ciudad del pecado, ahora podremos jugar mucho más.

Ambos somos dinamita encontrando gente para divertirnos. Siempre que estamos juntos las mejores parejas son para nosotros, pero que él estuviera en Long Island limitaba nuestra cacería. Ahora las fiestas nos quedarán pequeñas, seremos imparables. Solo espero que él entienda mi nuevo gusto, mi nuevo juego, el especial.

Mis noches de experimentar con extraños de otro nivel.

Mientras inicio mi rutina de estiramiento rememoró la excelente noche que pasé, sola, pero totalmente saciada. Me gusta el sentimiento previo al orgasmo, ese momento en el que tu cuerpo se prepara, se contrae, para hacerte entender que tu final, uno de lo más deliciosos y exquisitos, está por llegar. Ese momento justo cuando ya se tiene la idea, la magnitud del tsunami de placer que una misma se genera con tan solo tocar las partes más sensibles, aquellas que te permiten alcanzar el cielo con tan solo dos dedos. El recuerdo de mis manos recorriendo mi cuerpo hace que me den ganas de quedarme unos minutos y repetir... Es una de las acciones más morbosas y placenteras que existen.

—Aleja esos pensamientos Ivette, no es momento de jugar, debes dar por terminado este tema.

Esa parte de mi conciencia, que siempre me arruina los orgasmos rápidos, es la que hace que me apresure con el deseo aún vivo y listo para dejar volar la imaginación. Estoy totalmente frustrada por no poder continuar ahora. La noche será mi aliada, de eso no tengo duda.

Este día decido estrenar un conjunto nuevo. Una falda de tubo en color negro acompañada de una blusa azul celeste de la mejor tela me brinda ese aire que destilo: una ejecutiva exitosa, respetada y lo mejor... deseada por todas y todos.

Mis tacones de aguja repican el suelo antes de que suba al coche. Activo mi GPS, no conozco muy bien el lugar, es bastante nuevo, pero sé que es

de clase alta, no se puede esperar menos de alguien como nosotros.

Quedé con el tal Nathan de llegar antes de las nueve treinta. Sé que será puntual, la gente como él debe serlo o de lo contrario no comen, es simple. No todos tienen nuestros privilegios.

El lugar, como nuestro nivel exige, se trata de uno de los más exclusivos. Para ingresar se requiere tarjeta. El guardia que me recibe en la entrada ni siquiera me pide identificación, mi cara y nombre siempre son suficientes. Ivette Bocanegra no tiene prohibido el acceso a nada, mi familia es dueña de media ciudad. Llego a la mansión con el número trece, un hermoso lugar con su propio espacio, privado dentro de lo privado. Muerdo mi labio para reprimir un pequeño grito cuando me imagino la cantidad de fiestas que celebraremos aquí.

Estacionó en la entrada faltando diez minutos para la cita.

Como me esperaba, él ya está aquí. La puerta se abre. Lo veo: el guarro más sexy que he observado en mi vida.

Metro noventa, rebasado. Veo que me sonríe, sus dientes perfectos hacen que quiera pasar mi lengua por su oreja, de forma pausada. Sus brazos se marcan en gran parte porque la ropa le queda como un guante, cada órgano fibroso perfectamente trabajado se realza con el modelo, un traje de imitación, pero bien logrado. Mis manos tiemblan al pensar que pueden oprimir sus músculos; justo ahora queman por estar ahí.

Puedo sentir como mi boca se seca y, lo peor de todo es que aún no bajo del coche. No puedo permitir que vea cómo me afecta, no él, un hombre de una clase inferior a la mía.

Quito el seguro del cinturón y adopto la pose que más me gusta: la de ejecutiva despiadada y sin escrúpulos. Así, totalmente segura, me preparo para bajar.

El tipo me abre la puerta, acepto su caballerosidad, deslizo mi pierna para poder levantarme. En ese momento ella demanda su mirada: se queda perdido, observando lo perfecta que es... tersa... torneada. Es mi mayor orgullo, así que no le doy importancia. Puede mirar lo que nunca tendrá.

—Señorita Bocanegra, es un placer tenerla aquí.

El olor de su perfume nada barato me hace dudar que este sea el hombre que debo ver.

—¿Nathan?

—Efectivamente, espero que no le moleste... si le llamo Ivette.

Su voz es perfecta para una sesión de sumisión, podría ponerme a sus pies con tan solo escuchar que lo pida. Me encantaría probar sus labios y, lo mejor, que él probara los míos, pero no aquellos por los que hablo, más bien...

—¿Ivette?

Su voz ronca, rasposa, pausada, me saca de mi pequeña fantasía. Estoy segura de que esta noche mis pensamientos se centrarán en él y todo aquello que despierta en mí. O quizás sea mi deseo inconcluso de esta mañana.

—Le explicaba que podemos entrar cuando quiera, imagino que tiene otras cosas que hacer. Si gusta pasar.

Sin responderle, tomo mi teléfono y paso delante. Es momento de cerrarme y enfocarme a lo que vine.

Mi primera vista de la casa es perfecta, no es muy ostentosa, representa lo que mi hermano busca. Una sala grande con paredes de cristal, un sillón marfil en forma de «L» invita a imaginar momentos mucho más allá de una simple convivencia con amigos.

Un beso de tres quedaría perfecto en ese lugar: el juego de lenguas, el ángulo, todo sería exquisito. Sin contar la pequeña mesa de centro, tallada en mármol, fuerte, capaz de resistir acometidas salvajes. Nunca he experimentado una orgía, solo de imaginar los detalles me caliento.

No sé si es lo perfecto de la casa o las miradas que Nathan me dedica, pero mi urgencia crece a cada minuto que paso a su lado. Mi panti esta húmeda desde hace mucho. Justo ahora muero por tocar su hombría. Lo bueno es que aún recuerdo dónde y con quién estoy, y la ejecutiva sale a flote de nuevo.

Pasamos a la cocina. Fuera de aquello que pueda pensar es perfecta. Grande, con un comedor cuadrado, el centro despejado de tal forma que el chef puede servir mientras prepara en un rango de trescientos sesenta grados.

Mi imaginación vuela, de nuevo se eleva de tono, me imagino en el centro de este cuadro con... él. Con un mínimo de doce espectadores, todos mirando la manera suave con la que me toca, haciéndome el amor.

Disfrutando del morbo que genera saber que veinticuatro ojos se centran en tu sexo, boca, manos y todos aquellos movimientos corporales que

hacen que el coito sea la mejor experiencia del mundo.

—La cocina es lo mejor del lugar, perfecta para no dejar de mirar a la...

Puedo imaginar sus toques, inseguros pero calientes. Las yemas de sus dedos rozando tranquilamente la coronilla de mi pecho. Torturando y amasando esa receptora área.

Siento como me toma del brazo, incluso que me sacude, la virilidad que electrifica su cuerpo también se apodera de mí.

—Ivette ¿está usted bien?

Ahora por su estúpida culpa regreso a la realidad, lo que no me esperaba era que me tocara como lo hace. Parece que está midiendo mi reacción porque su toque es rítmico, sus dedos van de arriba abajo en mi brazo.

El placer que siento ahora le permite entender que no lo detendré, pero el muy poco hombre se aleja.

—Ahora le voy a mostrar el lugar que la convencerá, la recámara principal.

—Espero que sea rápido porque debo salir en cinco minutos y está perdiendo uno.

Retomo el control, él contra todo pronóstico me dedica una media sonrisa. Este estúpido se está burlando y, lo peor de todo, estoy excitada. Espero no lo note.

A los tres minutos ya estamos por terminar. La casa es fantástica, sin duda será para nosotros.

La última estancia en lugar de biblioteca parece oficina. Libros por todos lados, un escritorio y como todo rincón de esta casa, tiene un sillón en forma de «L». no sé cuál es el objetivo, pero es magnífico.

Observó la calidad de la colección de libros. No es lo mejor, aunque hay dos ejemplares que valen la pena. Saco uno de ellos y comienzo a ojearlo. De repente siento como el ambiente se calienta, todo mi entorno huele a él. Lo cierto es que se puede sentir orgulloso, durante todo el recorrido he sentido cómo late mi sexo. No me puedo controlar.

Antes de dejar el libro en su lugar, siento su pecho pegado a mi espalda, levanta mis manos para dejarlas sobre mí a la altura de mi cabeza. Un ligero jadeo me delata.

—Eso quiere decir que también lo deseas —habla entrecortado... él también ansía lo mismo—. No tenemos mucho tiempo, así que seré rápido.

No sé si son las palabras, su voz o lo que hace, pero incluso me desconozco cuando un quejido sale de mis labios.

—Desde que te vi bajar me tienes así.

Como salvaje pega sus caderas a mi trasero. Está duro, tanto que duele. Instintivamente muevo mi cadera de manera circular. Él suelta un pequeño gruñido, excitándome todavía más.

—No seas cruel —mientras habla muerde y lame mi oreja en diferentes lugares. Estoy a poco de acabar con esto, quiero sentirlo ya—. Quiero jugar todo el día.

Las últimas palabras me desconciertan, olvido todo cuando levanta mi falda con experiencia. Aún sigo de espaldas y, a pesar de no verlo, estoy muriendo por voltearme.

—Tranquila, es tu castigo por dejarme sufrir tanto tiempo.

—Sigue jugando. Me estoy cansando de...esperar, cuando lo haga, tendrás que...darte placer sin mí—por más que intento no logro sonar segura, él se da cuenta.

Me gira para quedar de frente. Me resulta imposible mirarlo a los ojos, toda mi atención se va a su cremallera y lo que miro salir de ella.

Su pene está fuera, su mano pasa de arriba para abajo sobre él, aunque no hay necesidad: está listo para mí.

—Tú no tienes el poder, eres toda mía.

No sé qué dice, porque mi boca se seca, quiere beber sin control de aquello que ofrece. Mi mano se adueña de su virilidad, aprieto con un poco de fuerza, él reacciona, se dobla ligeramente para besarme, pero lo dejo en el aire.

Dejo mis tacones a un lado y caigo a sus pies. Antes de que intente levantarme, introduzco en mi boca su glande. Justo ahora estoy a mil, mi sexo duele de tanto placer, me gusta sentir esto. Poder. Dominancia. Control. ¡Oh sí! Parezco la sometida, pero ahora yo tengo el poder.

Mi boca se llena de su carne, sus caderas encuentran el ritmo tranquilo para darme placer, pero yo no quiero eso. De nuevo detengo sus

movimientos apretando con fuerza. De su boca solo sale un...

—¡Dios!

Sé que estoy haciendo lo correcto.

Juego unos minutos más, me vuelvo más salvaje, me llevo dentro todo lo que mi cuerpo resiste. Cuando siento que el aire falta la saco para dar una pequeña arcada. Paso lentamente el dorso de mi mano para quitar el exceso y de nuevo vuelvo a devorar su miembro. Es momento de tocar con mi lengua su punta, eso hará que se venga más rápido, quiero sentir su calor.

Antes de poder hacer mi estocada me levanta con sus fuertes brazos. Intenta besarme y de nuevo lo rechazo. Aún no se ha ganado nada.

Succiona mi cuello. Estos no son besos, son marcas de sexo, el más puro, el más rudo, el más fuerte instinto que tanto me gusta y que pocos saben hacer bien. Mi blusa deja de existir, se rompe cuándo su primitivo deseo hace que quiera más de mí. Yo también tomo partido y lo imito. Las dos prendas caen al suelo, ambas hechas pedazos.

Puedo observar que no es perfecto y me encanta. Su claro color me deleita, cada músculo perfectamente marcado me calienta, pero la cicatriz que tiene debajo de las costillas me excita. Lamo mis labios, quiero probarlo.

—Quítate la falda —su orden no me molesta, su voz suena tan sensual, tan varonil que lo único que logra es hacer que le obedezca. Con cuidado, la doblo y la dejo a un lado.

Él, por el contrario, tira todo lo que existe en el escritorio para dejarnos espacio. Cuando termina se despoja del resto de su ropa, quedando completamente desnudo para mí.

Sus ojos verdes me observan de arriba a abajo. Él también disfruta lo que ve. De un salto me abrazo a sus caderas con mis piernas, él ayuda para que logre mi objetivo, pero en lugar de entrar en mí me deposita sobre el escritorio.

—Abre las piernas para mí.

De nuevo sigo su orden. Cierro los ojos cuando su dedo pasa de un lado a otro sobre mi labio. Lo que viene es para que yo disfrute, de solo imaginarlo...

—Sabía que estabas igual que yo, me encantas —mi humedad le

sorprende tanto como a mí su capacidad de crear morbo.

Antes de que pueda decir algo se apodera de mí. Sus labios toman los míos de la manera como imaginé cuando lo vi. Las mismas succiones de mi cuello de hace un momento son aplicadas ahora en mi vagina. ¡Vaya que sí sabe lo que hace!

Cuando su lengua se une a todo es cuando toco las nubes: como experto succiona, lame, introduce su dedo, todo en perfecto orden. Deposita una mano en cada una de mis piernas para abrirlas más, para tener acceso. Elevo mi cadera para que su lengua entre mejor en mi abertura. De repente me detiene, comienza a lamer mi clítoris. No recordaba que fuera tan sensible en esa área...estoy a tope.

Tanto placer me volverá loca.

Llevo mi mano a su cabeza para pedirle más profundidad. Él accede, pero antes de que inicie mi primer orgasmo aleja su cara. Siento su ausencia, antes de poder quejarme siento de nuevo su dedo en mi interior, me estremezco con tan solo sentir el calor de su piel.

De un movimiento perfecto me penetra. Instintivamente llevo las manos a mis pechos, masajeo mi coronilla rápidamente, me doy placer como me gusta, pero él me detiene.

—Cada orgasmo que tengas será porque yo lo genero, así que no te toques hasta que lo ordene, si no dejaré de hacer esto. ¿Está claro?

Antes de poder entender cuál será mi castigo, saca su pene de mi interior para entrar con más fuerza. Sin poder contenerme grito por la sensación que me genera sentir su carne dentro de mí, dura, caliente... tan placentera.

Inicia con movimientos lentos. En este momento está dentro de mí y tiene una mano en mi clítoris. Soy torturada por tres puntos de placer, el último es mi seno derecho. Con su mano pellizca fuerte y eróticamente esa área, ya no son toques leves, más bien todo lo contrario.

Sin poder resistir, mi tsunami se libera, mis músculos se contraen, mis labios laten, tengo uno de los mejores orgasmos de mi vida. Él por su parte me cambia de posición con facilidad: soy su muñeca sexual y me encanta. Lo mejor de todo es que ahora no soy la poderosa ejecutiva, soy una sumisa sometida que disfruta del placer de serlo.

Sin trabajo alguno me lleva al sillón en forma de «L», me coloca boca abajo. Ahora que no lo veo me siento expuesta, deseosa de probar más.

—Recuerda, no puedes moverte, eres toda mía.

Sus palabras rozan mi espalda. Cuando finaliza muerde mi oreja para después besarla.

—No me pidas que pare, porque no lo haré.

Puedo sentir la dureza de mis pechos con tan solo escuchar lo que dice, ahora soy muda, solo emito sonidos de placer, no conozco otra lengua.

Escucho como rompe el empaque de un preservativo. Ese sonido exótico hace que mi cuerpo vibre ante el placer que me espera. Se deposita detrás. Puedo sentir sus piernas al lado de las mías. Las abre un poco más y eleva mi trasero para darle un pequeño azote.

—No te muevas o vendrán más.

Me amenaza. Lo mejor es que él no sabe, pero para mí es un aliciente. Pasa su mano lentamente por el área que seguramente está ligeramente roja. Puedo sentir como la punta de su miembro busca mi entrada, mi piel se eriza, mi boca se seca.

—Te quiero dentro.

Mis palabras son órdenes. De una perfecta estocada se hunde por completo. La sed en mí despierta, aferró mis manos al sillón para poder tener mejor impulso. Lo busco, comenzamos una danza donde yo soy quien marca el ritmo.

Y yo... quiero más.

Me muevo más rápido, él recuerda su amenaza y me da una palmada más fuerte que la primera. Grito, no porque me duela, más bien grito por mi grado de excitación.

De nuevo pido otra y otra. Él entra y sale más fuerte de mi interior, más rico. Puedo sentir como lucha por darme todo lo que pido, pero yo estoy cegada por el sexo tan salvaje que tenemos que solo grito.

—¡Dame más!

Sé que lo que pido sería humanamente imposible para cualquier otro. Mas no para él. Estoy a punto de llegar. No sé cómo lo logra, sus embestidas se vuelven más rápidas y salvajes, sus golpes ahora son menos fuertes, aunque esa área pica.

Siento cuando aleja su brazo de mi cadera, siento como se agacha ligeramente porque en ese momento penetra más profundo. Comienza a

dar sacudidas con su mano a mi labio vaginal, toca un punto en mi interior que me hace gritar mucho más. En este momento toco el infierno y lo peor es que no quiero salir de él.

Me quedo completamente inmóvil. Lo único que me mueve son sus embestidas, una y otra y otra...No sé cuánto tiempo llevamos, pero que me toque como lo hace solo logra que tenga sin duda alguna el mejor sexo de mi vida. Mis ojos se ponen en blanco cuando ya no sé cómo expresar tanto placer. Me vengo una y otra y otra vez hasta completar tres orgasmos seguidos. En el último me giro para mirar su cara, para admirar lo más erótico que veré en mi vida.

Miro a un hombre experto en el sexo sacando su pene de las garras del condón para tomar con su mano sus testículos y guiar su liberación a mi estómago. Movimientos rítmicos de arriba a abajo lo acompañan; masajea solo un poco antes de terminar.

De su garganta sale un aullido de satisfacción.

Relamo mis labios, ahora lo deseo en ellos. Llevo una pequeña parte de él a mi boca, le muestro y paso por mis labios, lo invito a participar, se lo ha ganado.

Él se agacha y penetra mi boca con su lengua. Se prueba, me disfruta. Nos besamos lo más sensual posible, abro mi boca dispuesta a dejar que haga lo que él quiera, succiona mi lengua como hizo con mi cuello, con mi vagina. Es algo único, nunca había experimentado algo así. Aprisiona, lame y chupa, lo más sensual que haya sentido jamás. Ahora sé que no es un beso normal.

Sin duda esa forma de besar es su marca, una que espero dure muchos días tatuada en mis labios.

Nathan estará en mi mente y en mi cama muchas veces más, de eso no me queda duda.

—Aún no sé si me quedaré con la residencia. Tendrás que darme otro recorrido mañana a la misma hora para resolver mis dudas.

Ante mi ofrecimiento solo sonríe, se recuesta a mi lado, nos abrazamos y besamos... esto es el inicio de algo que no sé cómo llamar, pero por hoy le dejaré el nombre de...

La marca perfecta del sexo.